

Identities juveniles

Identidades juveniles en el bachillerato mexicano. Un estado de la cuestión*

 Leticia Pogliaghi

* Este artículo ha sido elaborado gracias al apoyo del con apoyo del Programa UNAM-PAPIIT IN301818, titulado “Expresiones de violencia en el bachillerato: subjetividades y prácticas de los jóvenes estudiantes”.

Resumen

Este artículo tiene como objetivo presentar un estado de la cuestión sobre la construcción de las identidades juveniles en estudiantes del nivel medio superior en México, con el fin de conocer cuáles han sido las maneras de abordarla y a qué resultados se ha llegado. Para ello se realizó una búsqueda, selección, análisis y discusión de la literatura (libros, capítulos de libro, artículos en revistas especializadas y tesis de grado y posgrado) producidos en dos campos de estudios, el de la investigación educativa y el de la juventud en el país y —cuando fue necesario— se recurrió a aquellos de origen internacional que han servido como referencia epistemológica, teórica y empírica para los producidos localmente. Se reflexiona en particular sobre los estudios que han analizado a los jóvenes estudiantes, sus subjetividades, experiencias e identidades estudiantiles para identificar aquellos elementos que permiten entender “cómo son” los sujetos revelan aspectos centrales para la comprensión de sus identidades juveniles. Por último, se reconocen los avances más relevantes para comprender a los jóvenes estudiantes y sus identidades; y algunos temas y problemáticas que, siendo escasas o nulamente abordadas, debieran recuperarse y profundizar su indagación.

Palabras clave:

Identidades, estudiantes, jóvenes, bachillerato, estado de la cuestión.

Youth identity in Mexican high school. A state of the art

Abstract

The purpose of this article is to present a state of the art on the construction of youth identities in high school students in Mexico, in order to know the ways, it have been approached and what results have been reached. For this purpose, a search, selection, analysis and discussion of literature (books, book chapters, articles in specialized journals and undergraduate and postgraduate theses) produced in the country in two fields of study, that of educational research and that of youth and —when necessary— we resorted to those of international origin that have served as epistemological,

Keywords:

Identities, students, young people, high school, state of the art.

theoretical and empirical reference for those produced locally. It focuses on the studies that have analyzed young students, their subjectivities, experiences and student identities to identify those elements that allow to understand “how they are”, central aspects for the understanding of their youthful identities. Finally, it is recognized the most relevant advances in understanding young students and their identities; and some themes and problems that, being scarce or not at all addressed, should be recovered and deepened.

Introducción

1. Por motivos de espacio, utilizaremos el neutro para referirnos a jóvenes varones y mujeres cuando hablemos de ambos en general.

Para quienes investigamos y trabajamos con jóvenes¹ que estudian el bachillerato es fundamental conocerlos no solo en las condiciones y situaciones en las que les toca vivir, sino también en su subjetividad. Para interactuar con ellos y para poder decir algo sobre ellos, es necesario comprender cómo se están construyendo como jóvenes y, en particular, cómo son sus identidades juveniles.

En ese entendido, en este artículo nos propusimos como objetivo elaborar el estado de la cuestión sobre la construcción de las identidades juveniles en estudiantes del nivel medio superior en México,² con el fin de conocer cuáles han sido las maneras de abordarla y a qué resultados se ha llegado. Para ello se realizó una búsqueda de la literatura que la aborda de manera directa o indirecta, se recuperaron, se pusieron en discusión y se analizaron los principales estudios sobre el fenómeno.

2. En México, hasta inicios de 2019, la educación obligatoria se divide en preescolar (tres años), primaria (seis años), secundaria (tres años) y media superior (tres años). Sobre los jóvenes que cursan este último nivel, quienes tienen una edad típica entre 15 y 17 años, es sobre quienes versa este artículo. Existen dentro del nivel medio superior tres tipos: el bachillerato general (propedéutico), el bachillerato tecnológico (bivalente; esto es propedéutico y formación profesional) y el profesional técnico (formación profesional). Cabe aclarar que para referirse al nivel medio superior se suelen utilizar los términos “bachillerato” o “preparatoria”, más allá del tipo, modalidad o plan de estudios específico.

Metodológicamente, se realizó una búsqueda exhaustiva de trabajos académicos (libros, capítulos de libro, artículos en revistas especializadas y tesis de grado y posgrado) producidos en dos campos de estudios, el de la investigación educativa y el de la juventud en el país y se recurrió a aquéllos de origen internacional que han servido como referencia epistemológica, teórica y empírica para los producidos localmente. Dado que la primera búsqueda dio por resultado un escaso número de trabajos que abordaban de manera específica a los estudiantes del nivel de estudios definido, se amplió la recopilación a aquellos que referían al nivel secundario y el superior. Se clasificaron los materiales en función de las disciplinas de las que provenían y sus objetivos de investigación. Luego, se sistematizaron a partir de cinco categorías: identidades juveniles, identidades estudiantiles, identidades “en general”, subjetividades juveniles y subjetividades estudiantiles, recuperando sus abordajes teórico-conceptuales y metodológicos y los principales hallazgos que permitieran conocer las identidades juveniles de los estudiantes.

El artículo se estructura en cuatro secciones, además de esta introducción. En la primera, hacemos un recorrido sobre la manera en que se han entendido en la literatura las identidades juveniles. En la segunda, exploramos desde el campo de los estudios sobre juventud, el vínculo entre estas y la escuela. En la tercera sección, nos adentramos específicamente en el nivel medio superior procurando recuperar del campo de la investigación educativa, los estudios que han analizado a los jóvenes estudiantes de bachillerato, sus subjetividades, experiencias e identidades estudiantiles, que permiten identificar aquellos elementos que intervienen en la construcción de las identidades juveniles. Planteamos este ejercicio, dado que estas han sido escasamente abordadas, pero al procurar entender “cómo son”, develan aspectos centrales para la comprensión de sus identidades. Por último, cerramos este trabajo realizando un reconocimiento de los avances que han sido los más relevantes para comprender a los jóvenes estudiantes y sus identidades; y con algunos temas y problemáticas que, siendo escasa o nulamente abordadas, podrían recuperarse o profundizar en futuras investigaciones.

Las identidades juveniles

El problema de las identidades juveniles ha sido un tema central en los estudios sobre juventud, dado el interés por tratar de comprender la singularidad de esta categoría social y analítica que “no puede ser definida de manera universal por la edad, sino que es una construcción social que se va configurando en el marco de relaciones sociales particulares” (Pogliaghi, 2018, p. 127). Quizá sea justamente en la dimensión simbólica, en particular la identitaria, donde pueda encontrarse su especificidad.

Comprender la dimensión simbólica ha sido el objeto de estudio en el campo de los estudios de la cultura en general, y de las culturas juveniles, en particular. Pueden encontrarse antecedentes en las reflexiones sobre las subculturas juveniles desarrollados por la Escuela de Chicago en las primeras décadas del siglo XX, pero fueron los miembros del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham, quienes abrieron el campo y se convirtieron en referente para los desarrollos posteriores, al postular que esas culturas se construyen como resistencia a la cultura hegemónica de las clases dominantes (Hall & Jefferson, 1993; Willis, 1977).

En el entendido de que las socialidades contemporáneas son dinámicas, se ha pensado que estas no se consolidan sobre una identidad fija, sino que más bien lo que muestran es una construcción efímera, de agrupamiento de las personas próximas, ritualista y trágica. Son las que Maffesoli (2013) propuso denominar *tribus*. Con la adopción metafórica de este término, lo que quería mostrar era una nueva forma de agregación social —microgrupos que se constituyen para luchar contra la adversidad que los rodea—, donde resalta el carácter emocional, el sentimiento de pertenencia (cerrado) y el ambiente conflictivo.

Al término *tribus* otros autores han agregado el calificativo *urbanas* para dar cuenta de las agrupaciones de jóvenes que comparten un modo de vestir, hábitos y gustos, cuya manifestación resalta en las ciudades y que muchas se asociaban con el fenómeno de la violencia. A través de estas tribus urbanas, los jóvenes podían expresarse, alejarse de lo que no les satisfacía y construir un núcleo afectivo con otros con los que se podían identificar. Si se buscaran las claves del fenómeno, estas serían imagen, afectividad, rebeldía y mediatización (Costa, Pérez Tornero & Tropea, 2011). Pero esta nominación que rápidamente se expandió en el lenguaje cotidiano, fue criticado desde la academia, en tanto “invisibiliza los procesos de estructuración social, y [...] ha posibilitado explayar prejuicios y posicionamientos estereotipantes y amarillistas, sobredimensionando la supuesta condición violenta, bárbara y salvaje de las tribus juveniles” (Valenzuela, 2010, p. 326). Frente al concepto de tribu, en México, se ha privilegiado el estudio de las *culturas juveniles*, los *estilos*, las *identidades* y las *identificaciones juveniles*.

Los estudios sobre las identidades juveniles suelen partir de una categoría más amplia que es la de *culturas juveniles*, entendiendo por estas a las maneras “en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional” (Feixa, 2012, p. 105). O, en un sentido más restringido, plantea el autor, se configuran “microsociedades juveniles” con una cierta autonomía respecto de las instituciones adultas. Las culturas juveniles amalgaman a los sujetos alrededor de ciertas prácticas y códigos compartidos (lenguaje, música, vestimenta, estética, producciones culturales, deporte) que pueden materializarse en el cara a cara, en la virtualidad mediada por internet y dispositivos digitales, o simbólicamente. El compartir prácticas y códigos les permite identificarse entre sí, a la vez que diferenciarse de quienes no los comparten: los no jóvenes, pero también de otros jóvenes. En ese sentido, y para remarcar la heterogeneidad, es que se habla de culturas juveniles en plural (Feixa, 2012; Reguillo Cruz, 2012).

Por otro lado, el *estilo juvenil* entendido como “el conjunto de elecciones y combinaciones de bienes materiales y simbólicos que los distintos grupos de jóvenes articulan” (Urresti, 2008, p. 48), los caracteriza y les sirve como soporte simbólico para la construcción de identificaciones o identidades particulares, a la vez que diferenciarse de los otros. Sostiene Valenzuela Arce (2010), que los jóvenes forjan identificaciones gregarias, redes y grupos con estructuras formales o informales, con diversos poderes o liderazgos y rituales, que sirven a la definición de los límites del grupo. En el ser que implica la identidad, se juega también un trabajo de representación (Hall, 2010), que es un proceso de construcción en el que se busca, se ensaya, se reconfigura o abandona. En ese sentido, más que una identidad, se estaría dando un proceso de *identificación*, sería más bien una configuración que admite cambio o transformación.

Ahora bien, el concepto de *identidades juveniles* es más amplio que los anteriores, en tanto va más allá de las expresiones de los jóvenes. Permite articular los distintos espacios sociales en los que los sujetos se insertan, identificar los condicionantes estructurales en las que se construyen, superar lo espectacular o llamativo de algunos grupos, y recuperar su dimensión relacional en la construcción del nosotros y los otros y pueden ser entendidas estas como:

La conformación de umbrales semantizados y simbolizados de adscripción y diferenciación, por lo cual [...] no son ámbitos intersticiales entre infancia y adultez, en los que la edad posee un papel referencial no estático ni inamovible que adquiere sentido dentro de las redes de relaciones socioculturales situacional e históricamente delimitadas, por lo que juvenil se connota en contextos sociales amplios y en su relación con lo no juvenil. (Valenzuela Arce, 2010, p. 341)

En ese entendido, se encuentran mediadas por las representaciones propias de los jóvenes y las que el mundo adulto tiene sobre ellos, sobre cómo es que socialmente se piensa que los jóvenes debieran ser y hacer, instalando una representación del joven “ideal”. Representación que es aceptada e incorporada por algunos jóvenes; por otros, interpelada y reformulada, produciendo nuevos significados y sentidos sobre lo que es ser joven. Si a esto sumamos las mediaciones de clase, género, etnia y territoriales, sería muy difícil sostener que exista una única identidad juvenil y por ello hablamos de identidades juveniles en plural.

Así, *identidades, identificaciones, culturas, tribus o estilos juveniles*, que permiten a los jóvenes construir sus grupos y experiencias en tiempos y espacios específicos, además de no ser únicos y homogéneos, tampoco son estáticos; por el contrario, suelen combinarlos, transformarlos, intercambiarlos o construir algunos propios, dependiendo de sus gustos y de los grupos en los que los jóvenes interactúan (Feixa, 2012).

Este recorrido conceptual nos permite delimitar la problemática que en los próximos apartados recuperamos para dar cuenta de cómo esta ha sido (o no) tratada por los estudios de juventud y la investigación educativa para los estudiantes mexicanos en general y del nivel medio superior en particular.

Las identidades juveniles y los jóvenes en la escuela en México

La escuela fue la mayoría de las veces dejada de lado por los estudios sobre juventud por considerarla “poco juvenil” y ser reducida a su dimensión institucional (Pogliaghi, 2018). Por el contrario, en México, “el estudio de lo ‘marginal’ se ha impuesto sobre el estudio de lo ‘normal’ [...], lo subalterno sobre lo hegemónico” (Feixa, 1993, p. 125), dentro de lo que se podría ubicar a la escuela. Además, la producción sobre los jóvenes “incorporados” es más bien escasa y dispersa, y cuando se los ha indagado, es por su rol en la institución —como estudiante— y no como sujetos juveniles con una

especificidad propia (Reguillo Cruz, 2003). A su vez, dentro del campo de la investigación educativa, la atención puesta sobre los jóvenes estudiantes —más aun sobre sus identidades— ha sido limitada, no solo en nuestro país (Guzmán Gómez, 2005; Weiss, 2012), sino en la mayoría de los países del mundo (Dubet & Martuccelli, 1998; García de León, De la Fuente & Ortega, 1993). Sobre este campo nos referiremos en el próximo apartado; nos abocaremos ahora a explorar cómo han sido entendidos los sujetos y sus identidades y su vínculo con la relación escuela-jóvenes estudiantes, desde los estudios sobre juventud.

El espacio escolar constituye un espacio de importancia en los procesos de socialización de los jóvenes. En efecto,

La escolarización provoca homogeneización de espacios, crea contextos para ser adolescentes, facilita un tiempo, unas interrelaciones, unos entornos para ejercer como adolescentes, para aprender a ser adolescentes. [...] Son espacios y contextos para los procesos de afirmación, confrontación y diferenciación. (Funes Artiaga, 2004, p. 231)

La paradoja reside en que la escuela “ha restringido la posibilidad de establecer, situar y proyectar ‘en firme’ su propia identidad [la de los jóvenes], de encontrar un lugar significativo, en el presente, que les brinde la convicción acerca de algún destino” (Suárez Zozaya, 2010, p. 97). No obstante, esta sigue siendo un soporte en el proceso de construcción de la identidad.

Así pues, si hablamos de identidades juveniles es porque partimos del supuesto que estas pueden distinguirse de las de los demás sujetos sociales, lo cual se logra “cuando el sujeto juvenil establece su diferenciación, más allá de los aspectos estrictamente biológicos o de edad [...] a través de su praxis” (Brito Lemus, 2002, p. 44) y, a la vez que discrepa con las de los demás, permite la integración y el reconocimiento de otros jóvenes como iguales o, al menos, afines. Según el autor citado, entonces, la identidad se construye a través de “un modo de ser, una forma y un estilo de vida que materializan una subjetividad diferenciada, dotando de contenido a la ‘existencia juvenil’” (p. 44), brindando un sentido de pertenencia al grupo, la colectividad o la generación; y la discordancia con los no jóvenes. A la vez que les permite construir esa identidad propia, les habilita diferenciarse del resto de la sociedad. Y en esa división se establecen clasificaciones por edad que “vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar” (Bourdieu, 2002, p. 164), claro, definida para los jóvenes de manera exógena desde el mundo adulto. Es pues, otra división del mundo social y un esquema clasificatorio particular que establece las posiciones de los sujetos jóvenes y de los adultos y de las relaciones que mantienen entre ambos.

Ahora bien, la categoría “juventud” nace vinculada a la demanda social de calificación de los sujetos jóvenes para su incorporación a los procesos productivos, calificación que se ligaría en un inicio a la exigencia de una acreditación de ciertos niveles de escolaridad antes de que pudieran desempeñarse en el mercado laboral (Mørch, 1996; Urteaga Castro-Pozo, 2000), llevando esto a que se pospusiera su inserción en la vida productiva y que debieran “ser retenidos durante un periodo más largo en las instituciones educativas” (Reguillo Cruz, 2003, p. 105). Así, se asoció a la escuela con la juventud —primero de la burguesía y luego de otros estratos—, llevando a la identificación de los jóvenes con estudiantes, y, en particular, varones y urbanos. A través de estos procesos, los jóvenes son colocados socialmente en una situación de control por las instituciones adultas —entre las que destaca la escuela— que los formarán como futuros sujetos completos —esto es, para ser adultos— y en donde se ven “imposibilitados de configurar por sí mismos, sus aspiraciones, deseos y necesidades más inmediatas,

más presentes” (Urteaga Castro–Pozo, 2000, p. 84). Es decir, se les desconoce como sujetos del presente y que, para la autora, revela las relaciones de exclusión, asimetría e inequidad entre adultos y jóvenes.

Sin embargo, esa representación de la juventud como ese sector social en preparación para su inserción a la sociedad, no estaría hoy respondiendo a la realidad de muchos jóvenes en el mundo en general y en México en particular, mientras que las identidades juveniles se estarían construyendo por fuera de las instituciones formales (Castillo Berthier, 2002; Whyte, 1971; Willis, 1977), en especial, de la escuela, que había sido en la que se había depositado la responsabilidad de construir determinadas subjetividades para estos sujetos. De este modo, las identidades juveniles se estarían consolidando en la calle, en la esquina, en la banda o a través del consumo y de la industria cultural. Agregaríamos nosotros, o a través de diversas plataformas digitales que les permiten vincularse y agregarse según sus intereses particulares.

No obstante, la imagen del sujeto joven como estudiante, varón y residente de las ciudades, pareciera, a decir de Cayeros, persistir al día de hoy en nuestro país, en tanto continuamos identificando:

... a la juventud desde lo masculino (invisibilizando a las jóvenes), lo urbano (generalmente clasemediero y olvidamos a la juventud rural, indígena, pobre) y la vida escolar (olvidando que, en el Informe 2014 de Sylvia Schmelkes, presidenta del Instituto Nacional de Evaluación Educativa, en México uno de cada tres niños de 15 años no asiste a la escuela, y una quinta parte de los y las jóvenes entre 18 y 24 años no termina la secundaria. (Brito & Mercado, 2014 citado por Cayeros López, 2015, p. 122)

Dejando de lado, entonces, las experiencias, vivencias e identidades de muchos jóvenes que no cumplen con ese ideal formado desde el mundo adulto.

Pero, además, aquellos jóvenes integrados en el sistema educativo, en las mismas escuelas crean redes horizontales de amigos y de pares con los que desenvolverse, incluso desplegar conductas diferentes a las que les asignan los adultos y construir sus propios códigos y reglas (Urteaga Castro–Pozo, 2000).

Decíamos que los jóvenes construyen sus culturas e identidades en la relación con los otros con los que los comparten y en diferenciación con los que no, que a veces perduran y a veces son cambiantes. A través de ellas expresan sus gustos, sus anhelos, sus deseos. Son parte de lo que para ellos es ser joven y de su identidad, que estará presente en la escuela, en su doble condición de estudiante y de joven. Y, si como mencionábamos, existe la posibilidad de múltiples culturas e identidades, estas coexistirán también en la institución escolar. Pero, además, deberán convivir, integrarse y hasta desafiar a la cultura escolar, “plagada de contenciones, disciplinamientos y dispositivos que vienen de antaño y que sancionan y excluyen las diferencias en busca de la sumisión de los jóvenes a los valores, símbolos, saberes y comportamientos hegemónicos” (Suárez Zozaya, 2010, p. 91).

No debe sorprender, entonces, que desencuentros entre la cultura escolar y las culturas juveniles se hicieran latentes y presentes, y las respuestas de la institución tendieron, en general, a excluir a las expresiones juveniles hacia fuera (Feixa, 2014). Pero estas interpretaciones antagónicas fueron criticadas en tanto dejaban de lado otros procesos en el encuentro entre estudiantes e institución, como la “adaptación, apropiación o acomodación, así como los diversos sentidos y significados que la vida escolar tiene para ellos” (Sandoval Flores, 2000, p. 268). Tampoco permiten explicar la existencia de diferentes culturas escolares en contextos diversos y cómo estas se transforman a partir de la acción de los sujetos escolares, entre ellos, los jóvenes. Pero además, como

plantea, sería un error considerar que cultura juvenil y escolar son mundos distintos, porque esto conllevaría a pensar “la existencia de un mundo simbólico que construyen y habitan los adolescentes, y otro en el que no participan o al que solo ingresan sin recibir influencia alguna y lo cruzan sin dejar huellas de su paso” (Reyes Juárez, 2009, p. 85). Y, justamente, es este el punto de partida de una serie de estudios que pretenden conocer a los jóvenes estudiantes, sus vivencias y experiencias, a los que nos referiremos en el próximo apartado.

Las identidades juveniles en la Educación Media Superior en México

Hasta hace dos décadas, la investigación educativa en México había prestado especial atención a los estudiantes abocándose a los problemas de rendimiento, rezago y abandono escolar, pero inadvirtiéndose la condición juvenil de los sujetos, sus puntos de vista y opiniones desde sus experiencias concretas (Guerra Ramírez, 2000; Guerrero Salinas, 2007; Nateras Domínguez, 2004), priorizando una “definición externa del ser alumno” (Baeza Correa, 2001, p. 111). Esto a pesar de que, si la escuela es espacio de socialización (Dubet & Martucelli, 1998), lo será también de configuración, redefinición y significación de los jóvenes. En ella, los jóvenes construyen su subjetividad, en un proceso individual, pero que no deja de ser social. Como sostiene el último autor citado, es gracias a los soportes materiales y simbólicos que “los individuos se sostienen, porque están sostenidos, y están sostenidos, porque se sostienen, en medio de la vida social” (Martucelli, 2007, p. 81).

Sin embargo, más recientemente se ha venido haciendo el esfuerzo por dar protagonismo al estudiante del nivel medio superior, primero como objeto, luego como sujeto de la investigación. En ese camino, se fue transitando del tratar de dar respuesta a quiénes son, a cómo son los estudiantes. Respecto de las identidades, comienza a aparecer como problema de investigación, como identidades en general o identidades estudiantiles o juveniles en particular, estas últimas en menor medida. Esto es, se ha puesto mayor atención a la construcción de un “nosotros” como estudiantes a partir de lo que significa ser estudiante de bachillerato hoy en México, que como jóvenes. Más allá de eso, es posible recuperar algunos estudios que las abordan de manera profunda y otros que aun cuando no las colocan como tema central en las investigaciones, analizan algunos aspectos clave que nos permiten comprenderlas.

Las investigaciones sobre estudiantes de nivel medio superior se han enfocado en a. el análisis de las *trayectorias escolares*³—destacando las cuestiones de permanencia y abandono escolar—; b. el estudio de la *composición social* de los estudiantes, abordando temas como los orígenes sociales y su influencia en el ingreso, rendimiento y permanencia en la escuela; c. la descripción de los *perfiles* educativos, captando los rasgos particulares de la población o grupo estudiantil; d. la comprensión de la *experiencia estudiantil*;⁴ y e. vinculado con el punto anterior, la visualización y explicación de la configuración de *significados y sentidos* que los jóvenes estudiantes dan, por un lado, a sus prácticas y a quiénes son; por el otro, a la educación, a la escuela y a los estudios (Guerra Ramírez & Guerrero Salinas, 2012; Guzmán Gómez, 2005; Weiss, 2012).

Mientras que los dos primeros grupos de estudios —sobre trayectorias escolares y composición social—, no tienen como objeto profundizar en el conocimiento de aspectos identitarios, en los dos últimos —experiencia estudiantil y significados y sentidos— podemos encontrar referencias a las construcciones subjetivas de los jóvenes estudiantes, a su identidad estudiantil y a las identidades juveniles.⁵ Por su parte, las indagaciones sobre perfiles dan cuenta de la heterogeneidad de los sujetos y, en ese sentido, ofrecen pistas para comprender la diversidad de identidades juveniles. En este entendido, desarrollaremos a continuación los principales aportes que realizan estos tres grupos de indagaciones para comprenderlas.

3. Los estudios que han tomado como concepto central el de trayectoria siguen, en general, al propuesto por Pierre Bourdieu, entendiéndola como “la serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones” (1997, p. 82).

4. La noción de experiencia ha sido retomada en buena parte de los estudios de Dubet y Martucelli, quienes la conciben como “la manera en que los actores, individuales y colectivos, combinan las diversas lógicas de acción que estructuran el mundo escolar. [...] Es un trabajo de los individuos que construyen una identidad, una coherencia y un sentido, en un conjunto social que no los posee a priori. [...] La socialización y la formación del sujeto son definidas como el proceso mediante el cual los actores construyen su experiencia [...] Pero, por otra parte, las lógicas de acción que se combinan en la experiencia no pertenecen a los individuos; corresponden a los elementos del sistema escolar y se han impuesto a los actores como pruebas que ellos no eligen [...]: socialización, distribución de las competencias y educación” (1998, p. 79). Desde esta perspectiva, entonces, se reconoce la acción de los estudiantes en el marco de determinadas estructuras que los preceden.

5. El único trabajo de investigación que hemos identificado que trabaja como problema central la construcción de identidades juveniles en la escuela es el de Reyes Juárez, para el nivel secundario. Este estudio ha mostrado cómo, a pesar y a costa de la relación compleja que los estudiantes mantienen con la escuela, en su “condición de adolescente y las maneras de ser estudiante configuran [...] espacios en los que los individuos se construyen y reconstruyen como sujetos juveniles” (2009, p. 16).

Para el estudio de los *perfiles*, se han privilegiado técnicas de corte cuantitativo, pero en la investigación educativa, se ha insistido en que para aproximarse adecuadamente a la comprensión de los estudiantes y dar cuenta de sus experiencias, es preciso atender a sus percepciones, intereses y proyectos de vida, entenderlos como sujetos que participan de diferentes prácticas culturales y que, su consideración como estudiantes, no debe olvidar que también establecen interacciones en otros espacios de la vida cotidiana. En ese entendido, algunos estudios cuantitativos han tratado de ir más allá de la descripción de sus características socioeconómicas o de su perfil, y han procurado también dar cuenta de aspectos de su subjetividad y su condición juvenil (Pérez Islas & Valdez González, 2002; 2006; Pogliaghi, Pérez Islas & Mata Zúñiga, 2015). Pero excepto en los estudios sobre perfiles, en el resto se ha privilegiado el enfoque cualitativo, de caso o comparativos entre escuelas o planteles.

Los investigadores que han explorado las *experiencias* y *vivencias* en la escuela son quienes se han acercado más a comprender a los estudiantes en su condición de jóvenes, al indagar en sus prácticas en el espacio escolar, cómo se relacionan con otros actores escolares, cómo expresan verbalmente sus días en la escuela, cómo viven diferentes procesos de aprendizaje, amistad, relaciones afectivas, entre otras (Guzmán Gómez, 2005; Saucedo Ramos, 2005). Estas dimensiones permiten entender cómo se constituyen como sujetos en procesos de interacción con otros estudiantes y en relación con la institución y los actores adultos, a la vez que dan cuenta del agenciamiento en esa construcción. En la experiencia se configuran las *identidades estudiantiles*, en tanto les permiten explicar su autoidentificación como estudiantes, lo que significa ser estudiante o el “oficio” del estudiante, en relación con su pertenencia al nivel educativo, tipo de escuela, incluso al turno de estudio.

En la experiencia se construyen *sentidos* y *significados* sobre lo que es ser estudiante, sobre los estudios, sobre la escuela y sobre el bachillerato. Por ejemplo, dicen Guerra Ramírez y Guerrero Salinas (2012), que en los bachilleratos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), los estudiantes elaboran un significado instrumental sobre este nivel tanto mecanismo de acceso para posteriormente estudiar una carrera universitaria, mientras que, en otras modalidades educativas como las tecnológicas, es visto como el medio para una mejor inserción laboral futura. Pero los significados no son siempre de sentido utilitario, sino que a veces dan cuenta de una construcción identitaria de autoafirmación, autodefinición o de cómo son vistos por los demás. Por ejemplo, contar con estudios medios superiores —sobre todo para las primeras generaciones de jóvenes en acceder a este nivel en sus familias— lleva a la significación de prestigio social y de logro personal (Guerra Ramírez & Guerrero Salinas, 2012; Palacios Abreu, 2007; Tapia García, 2012; Velázquez Reyes, 2007).

Un sentido construido de especial relevancia para el estudio de las identidades juveniles es el de la escuela como espacio de vida juvenil, formativo, pero no dentro del currículum formal (Guerra Ramírez & Guerrero Salinas, 2004). Es espacio de comunicación, encuentro y relación con semejantes y grupos “con los que se identifican y a la vez se diferencian de los otros [jóvenes] que no asisten a la escuela” (p. 184). Es decir, la escuela es espacio de formación de identidad; en ella los jóvenes comparten valores —como “la solidaridad, el compañerismo, la amistad y el respeto a la pluralidad” (p. 196)—; actitudes y capacidades personales —“perder la timidez, [...] desarrollo de capacidades de expresión y [...] relaciones humanas” (p. 198) y “compromiso, responsabilidad y autonomía” (p. 199); las características organizativas de la institución y pedagógicas de algunos profesores; y experiencias, códigos, ideales, proyectos, visiones de mundo, que otros de fuera, no. En ese sentido, permite una identificación con los otros jóvenes de la escuela, y una diferenciación con los de fuera. A su vez, dentro de la escuela se van conformando algunos grupos “negativos” o contraculturales de los que ciertos jóvenes se distancian, y con ello “reafirman su posición y se valoran en los mismos términos de su grupo de pertenencia” (p. 186).

Desde una perspectiva diferente, Bayón y Saraví (2019) abordan la experiencia escolar como experiencia subjetiva de clase de jóvenes estudiantes de sectores populares del nivel medio superior de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Encuentran que, a pesar de la masificación de la escuela y el acceso a ella de sectores populares, aun cuando representa un avance en la igualdad de oportunidades, no elimina las desigualdades “extraescolares” entre sujetos que asisten a diferentes espacios escolares. En general, las escuelas a las que asisten jóvenes de sectores populares y sus trayectorias escolares suelen estar estigmatizadas y desvalorizadas, calificaciones que se trasladan a los sujetos y, por tanto, a sus identidades. Y, en el sentido que mencionábamos que Hall entiende a la identidad, los autores sostienen que, si bien a través de la estigmatización y desvalorización se ejerce sobre ellos una violencia simbólica, los sujetos desarrollan resistencias frente a aquellas.

La *identidad* de los estudiantes fue estudiada por Alvarado Vázquez (2009) en tres preparatorias del Estado de Sinaloa. El autor concluye que la escuela es para los jóvenes un espacio para la elaboración de prácticas contraculturales y, cuando esto ocurre, producen desconfianza hacia los profesores y administrativos. Las diferentes identidades —entre las que reconoce a los *skatos*, *surfos*, *emos*, *narcos*, *cholos*— dependen de la condición social y cultural de la escuela —en alguna de ellas, incluida la narcocultura—, de los nuevos símbolos y valores promovidos por el mercado, y de la escuela en tanto espacio que permite su expresión.

También, Velázquez Reyes (2007) encuentra un vínculo interesante: elementos propios del ser estudiante, como asistir a la escuela, entrar a clases, entregar en tiempo los trabajos y hacer las tareas, cuando dejan de cumplirse, dan pie al aburrimiento, y con ello a la flojera, el desmadre y el desastre. Se presenta esto como una transformación del cuerpo, de una forma de ser, de una condición, de una forma de ver el mundo. Pareciera que ante el incumplimiento de lo que se espera de ellos como buenos estudiantes, aflorarían características “propias” de los jóvenes, “propias” en el sentido adjudicado desde la mirada adulta, de haber sido “atacados por la epidemia de la flojera” (p. 60).

Por su parte, Hernández González (2007) indagó en la formación de la identidad en los estudiantes de un plantel del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, preguntándose cómo las condiciones de estudiante y de joven se expresan en los procesos identitarios. Para poder dar cuenta de las dos condiciones explora diferentes ámbitos de la experiencia, algunos vinculados directamente con lo formal de la escuela (el estudio) y otros, que aun cuando no son ámbitos propios de la propuesta académica de la escuela, se presentan allí (la vida juvenil, las relaciones de amistad y las afectivas), concluyendo que la identidad se conforma de manera reflexiva en el balance entre las actividades de estudio y la vida juvenil.

El bachillerato les permite explorar novedosas actividades y relaciones sociales poniendo en juego distintos marcos morales. Los jóvenes encuentran en la cultura escolar conocimientos que les sirven en la construcción de su identidad y diferenciación, mismos que no los adoptan de manera mecánica, sino que eligen, disienten o acuerdan con las posiciones de los adultos o de sus compañeros, o desarrollan visiones propias que les permiten ir conformando su propia posición política y filosófica (Guerra Ramírez & Guerrero Salinas, 2004).

Estos estudios tienen en común el poner en un lugar central a las interacciones entre estudiantes para comprender la configuración identitaria, conjugando las relaciones en las que se encuentran inmersos dentro y fuera del espacio escolar. Sin embargo, algunos enfatizan en que aquella es más bien contestataria hacia la cultura escolar, mientras que, para otros, la escuela aparece como un espacio más cálido, ameno y de “vida juvenil”. Son dos miradas que los autores reconstruyen a partir de las prácticas y

subjetividades de los jóvenes estudiantes, de intereses y marcos teóricos de referencia diferentes, pero también creemos los resultados diferentes obedecen también a que los estudios se refieren a contextos institucionales y de estudiantes diferenciados.

Entonces, en un mismo espacio escolar pueden convivir jóvenes con construcciones identitarias diferentes que, cuando son llamativas por los estilos juveniles que representan, pueden llevar a la conformación de grupos fácilmente diferenciables para los mismos jóvenes y para los adultos. Es importante tener en cuenta que los jóvenes no solo se agrupan para “echar relajo”, para realizar acciones en contra de otros o de la institución. Muchas veces se vuelve una necesidad: el grupo se vuelve un mecanismo para “el desahogo de problemas, la anulación de la soledad, la construcción de un espacio de relación afectiva donde encuentran, además, apoyo moral con su grupo de pertenencia” (Guerra Ramírez & Guerrero Salinas, 2004, p. 191). Los sujetos encuentran en sus grupos protección, un marco de referencia que les permite autoafirmarse, ser reconocidos y construir un sentido de poder frente a los demás.

Pero el hecho de que conformen grupos de pertenencia no implica necesariamente que exista un permanente enfrentamiento entre ellos, ni que las construcciones identitarias deban ser siempre de características espectaculares y violentas. Si bien es cierto que existen algunas de este tipo, que vienen de fuera y se instalan en la escuela, existen otras formas menos visibles y son, en general, las más frecuentes. En efecto, buena parte de sus identificaciones son creadas por los propios sujetos o por los “otros” —compañeros y profesores— en torno a las prácticas escolares, por ejemplo, los “ñoños”, los “nerds”, los “flojos” (Mata Zúñiga & Pogliaghi, 2014; Ramírez Montes de Oca, 2012).

Queremos insistir en que los resultados de los estudios muestran que existe una diversidad de experiencias, significados, identidades, identificaciones y estilos dentro de las escuelas. Diversidad que debe explicarse a partir de la relación con otros espacios de vida de los estudiantes y con los espacios escolares: la comunidad, la familia, el trabajo (Cataldo, 1992 citado en Saucedo Ramos, 2005), el contexto social y cultural de la escuela (Alvarado Vázquez, 2009), el género y las prácticas de la cultura estudiantil (Velázquez Reyes, 2007). Diversidad que “tiene lugar como expresión de los sujetos singulares, dando cuenta del carácter de la creatividad individual de las representaciones sociales” (Guerrero Salinas, 2007, p. 110) y de sus vivencias escolares particulares. Por tanto, el énfasis puesto en los condicionantes de los contextos sociohistóricos sobre las *experiencias* y *subjetividades* de los jóvenes estudiantes ha permitido explicar la heterogeneidad de la población juvenil, de sus biografías, finalmente, de sus identidades. Los estudios a los que hemos hecho referencia nos muestran que no existe una única identidad juvenil y que las diferentes identidades juveniles que pueden construirse dependen del espacio de relación social que se analice donde el escolar ocupa un lugar central.

Finalmente, nos gustaría remarcar que las identidades juveniles no son algo que nada tiene que ver con la escuela. Los jóvenes no son estudiantes dentro del espacio escolar y jóvenes fuera de ella. Los sujetos son estudiantes y son jóvenes en todo momento, por tanto, sus identidades se nutren de las estructuras, las significaciones y prácticas que los involucran en los distintos espacios de sus vidas.

En efecto, decíamos en un trabajo previo que:

La escuela juega un rol primordial y debe estar en el centro del análisis tanto como espacio de vida y de formación, como de construcción de la experiencia estudiantil y juvenil. Pero vinculado al ámbito escolar, es también preciso analizar a profundidad y no como contexto, los otros espacios de socialización y subjetivación. (Pogliaghi & Meneses, 2018, p. 174)

No son sujetos autónomos completamente, que construyen sus códigos por fuera de las estructuras sociales más amplias. Además de lo que acontece en el espacio escolar, influyen las ideas, actitudes, valoraciones y las maneras de reconocerse y de relacionarse consigo mismos y con otros sujetos con los que interactúan en otros espacios de sus vidas cotidianas. Por tanto, sus subjetividades se encuentran atravesadas por las visiones del mundo adulto, de lo que los adultos esperan que ellos debieran ser (Ramírez Montes de Oca, 2012) y de cómo ellos se piensan e identifican entre sí. Los jóvenes tienen creatividad y capacidad de agencia y por tanto pueden aceptarlas, resistirlas o transformarlas, pero de una u otra manera están presentes en sus propias configuraciones.

Pero la escuela no es solo el lugar de encuentro con otros jóvenes y con adultos, sino que los estudiantes durante su paso por ella “logran seleccionar y utilizar de manera contextualizada los objetos y recursos intelectuales e institucionales que se les ofrecen” (Díaz Rivera, 2013, p. 74). En ese sentido, si seguimos a la autora y aun siendo un tema poco explorado, podemos apuntar que los procesos de formación escolar en el sentido más tradicional en que esta es concebida también influyen en la construcción identitaria.

A modo de cierre

Colocar al joven estudiante en el centro de la investigación permite explicar sus trayectorias, subjetividades, experiencias e identidades. En la literatura educativa, la escuela está siempre presente, a veces como espacio de formación en el sentido más tradicional, otras veces como espacio de socialización más amplio. Los méritos que han tenido los estudios de este campo y del de juventud son muchos, entre los que nos interesa destacar: a. el conocimiento que han generado sobre las subjetividades y prácticas de los jóvenes en general y los estudiantes en particular; b. la consideración de los contextos socioculturales para la comprensión de las problemáticas juveniles y estudiantiles; c. la insistencia en la heterogeneidad y diversidad juvenil y estudiantil, de sus subjetividades, prácticas y estructuras que los condicionan; d. el reconocimiento de la capacidad de agencia de los sujetos; e. metodológicamente, la inclusión de técnicas cualitativas que permitieron abrir “la caja negra” que era escuela. Esto último, de especial relevancia para a quienes nos interesa conocer quiénes son, qué hacen, qué sienten, qué expectativas de futuro tienen los jóvenes, resulta fundamental. En efecto, lograron a partir de la realización de entrevistas, grupos de enfoque y observaciones en los espacios escolares y fuera de ellos, dar cuenta de sus condiciones de vida y estudio, experiencias y subjetividades. Creemos que éstos debieran ser los puntos de partida para futuras indagaciones que procuren conocer a los jóvenes estudiantes y sus identidades juveniles en la escuela. En ese entendido, queremos dejar nota de algunos temas que podrían colaborar en su comprensión.

Una cuestión pendiente es el abordaje de sujetos de quienes poco sabemos sobre sus identidades juveniles y de lo que para ellos es ser estudiante de educación media superior, así como de las influencias que tienen o pudieran tener los procesos educativos formales y la construcción de las identidades. Nos referimos, en particular, a aquellos que asisten al Bachillerato Intercultural, a los Centros de Bachillerato Tecnológico Agropecuario, a los Centros de Estudios Tecnológicos del Mar, a los Centros de Estudios Tecnológicos en Aguas Continentales, a quienes cursan las modalidades abierta y a distancia, y en escuelas privadas. Y un grupo poblacional a conocer es el de los jóvenes que, en la coyuntura actual, regresen —o vengan por primera vez— de los Estados Unidos de América a México y se incorporen a nuestras escuelas. Sus trayectorias y condiciones serán elementos que no podemos dejar de considerar, si nuestro interés es conocer sus experiencias y sus construcciones identitarias.

Un aspecto que no puede hoy dejarse de lado para entender las identidades juveniles es la influencia que los medios de comunicación, los dispositivos digitales e internet tienen en su construcción. Este aspecto que de alguna manera ha sido considerado en los últimos años por los estudios sobre juventud, aún no penetra en el campo de la investigación educativa. Por supuesto, las tecnologías de información y comunicación aparecen y son foco de atención —por ejemplo, en su introducción en los procesos de enseñanza–aprendizaje, en la educación en línea, en la brecha generacional entre profesores y estudiantes en el manejo de los dispositivos y hasta en el debate de si es o no pertinente “que los jóvenes utilicen el celular en el espacio escolar”, pero poco en cómo estas están interviniendo en la construcción de sentidos de pertenencia y de alteridad.

Por último, la cuestión de género en la construcción de identidades. Algunos estudios a los que hemos hecho referencia han avanzado en considerar al género como una dimensión importante a tener en cuenta. Sin embargo, creemos necesario profundizar esta línea para que vaya más allá de diferenciar entre varones y mujeres. Las diferencias y desigualdades de género dentro y fuera del espacio escolar, atraviesan las vivencias, experiencias, subjetividades e identidades juveniles y es preciso visibilizar de qué manera lo están haciendo.

Hace diecisiete años, De Garay Sánchez y Casillas Alvarado (2002), consignaban la necesidad de tender puentes entre el campo de estudios sobre juventud y el de la investigación educativa. El diálogo entre disciplinas se ha incrementado; esto puede notarse desde la incorporación de conceptos y metodologías de una en otra, en la bibliografía citada por unos y otros. No obstante, respecto de las identidades juveniles, es necesario todavía ampliar la comunicación. Es una problemática en la que prácticamente no se han cruzado, más allá de tratar de entender cómo son los jóvenes que asisten a la escuela. Pero como mencionamos, las identidades juveniles son procesos mucho más complejos. En los estudios sobre juventud, sería necesario que se incorpore la condición de estudiantes de los jóvenes que abordan y de qué manera la escuela influye en sus construcciones identitarias. Del lado de la investigación educativa, sería oportuno no perder de vista que los estudiantes, además, son jóvenes que, sus vivencias y experiencias como tales fuera y dentro de la escuela y sus construcciones identitarias, identificaciones o estilos, aun cuando posiblemente transitorios, influyen en sus trayectorias escolares y en sus expectativas. Sumado a ello, no debe olvidarse que los jóvenes son sujetos completos, con capacidad de agencia y que tienen mucho que decir y aportar a la escuela, a su educación y a su construcción de futuro.

○ Referencias bibliográficas

- » Alvarado Vázquez, R. I. (2009). *La construcción de la identidad de los estudiantes de bachillerato en Sinaloa*. Ponencia presentada en X Congreso Nacional de Investigación Educativa, Veracruz, Veracruz. Recuperado de: http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v10/pdf/area_tematica_16/ponencias/0172-F.pdf
- » Baeza Correa, J. (2001). La visibilidad del joven en la cultura escolar. La transición del rol de estudiante al oficio de alumno(a). *JOVENES. Revista de Estudios sobre Juventud*, (14), 110–131.
- » Bayón, C. y Saraví, G. (2019). La experiencia escolar como experiencia de clase: fronteras morales, estigmas y resistencias. *Desacatos*, (59), 68–85
- » Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- » _____. (2002). La “juventud”; no es más que una palabra. En *Sociología y cultura*, pp. 163–173. México: Grijalbo – Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- » Brito Lemus, R. (2002). Identidades juveniles y praxis divergente; acerca de la conceptualización de juventud. En Nateras Domínguez, A. (coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, pp. 43–60. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa – Miguel Ángel Porrúa.
- » Castillo Berthier, H. (2002). De las bandas a las tribus urbanas. De la transgresión a la nueva identidad social. *Desacatos*, (9), 57–71.
- » Cayeros López, L. I. (2015). ¿Puede hablar la juventud? Reflexiones sobre la subalternidad de la condición juvenil y sus trayectorias. *Nósis*, 24(2), 116–128.
- » Costa, P.–O., Pérez Tornero, J. M. y Tropea, F. (2011). *Tribus urbanas. El ansia de la identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Barcelona: Paidós.
- » De Garay Sánchez, A. y Casillas Alvarado, M. A. (2002). Los estudiantes como jóvenes. Una reflexión sociológica. En Nateras Domínguez, A. (coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, pp. 245–262. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa/ Miguel Ángel Porrúa.
- » Díaz Rivera, J. (2013). Cultura juvenil y cultura escolar: ¿una relación en conflicto? *Eutopía*, 6(19), 81–89.
- » Dubet, F. y Martuccelli, D. (1998). *En la escuela. Sociología de la experiencia escolar*. Buenos Aires: Losada.
- » Feixa, C. (1993). *La ciudad en la antropología mexicana*. Lleida: Universitat de Lleida.
- » _____. (2012). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- » Funes Artiaga, J. (2004). Cómo explicar, cómo analizar la diversidad adolescente. Una propuesta de análisis a partir de los “territorios” escolares. En Reguillo Cruz, R., Feixa, C., Valdez González, M., Gomez–Granell, C. y Pérez Islas, J. A. (coords.), *Tiempo de híbridos*, pp. 231–238. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- » García de León, M. A., De la Fuente, G. y Ortega, F. (eds.). (1993). *Sociología de la educación*. Barcelona: Barcanova.

- » Guerra Ramírez, M. I. (2000). ¿Qué significa estudiar el bachillerato? La perspectiva de los jóvenes en diferentes contextos socioculturales. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 5(10), 243–272.
- » Guerra Ramírez, M. I., y Guerrero Salinas, M. E. (2004). *¿Qué sentido tiene el bachillerato? Una visión desde los jóvenes*. México: Universidad Pedagógica Nacional.
- » _____. (2012). ¿Para qué ir a la escuela? Las actitudes y expectativas de los estudiantes de bachillerato. En Weiss, E. (coord.), *Jóvenes y bachillerato*, pp. 99–124. México: Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.
- » Guerrero Salinas, M. E. (2007). ¿Cuánto vale la escuela? El significado formativo del bachillerato desde la perspectiva de los estudiantes. En Guzmán Gómez, C. y Saucedo Ramos, C. (coords.), *La voz de los estudiantes*, pp. 71–98. México: Universidad Nacional Autónoma de México – Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias – Pomares.
- » Guzmán Gómez, C. (2005). La investigación sobre alumnos en México. Recuento de una década: 1992-2002. En Ducoing Watty, P. (coord.), *Características socioeconómicas, familiares y académicas de los alumnos*, pp. 669–692. México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa.
- » Hall, S. (2010). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán: Envión – IEP – Instituto Pensar – Universidad Andina Simón Bolívar.
- » Hall, S., & Jefferson, T. (1993). *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Post-War Britain*. London: Routledge.
- » Hernández González, J. (2007). *La formación de la identidad en el bachillerato: Reflexividad y marcos morales*. [Tesis doctoral]. Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Pedagógico Nacional. México.
- » Maffesoli, M. (2013). El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas. México: Siglo Veintiuno.
- » Martucelli, D. (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago: LOM.
- » Mata Zúñiga, L. A. y Pogliaghi, L. (2014). *Condiciones de vida, significados, experiencias y expectativas de los estudiantes de Educación Media Superior de la UNAM*. Avances de Proyecto de Investigación. Seminario de Investigación en Juventud, Universidad Nacional Autónoma de México. México.
- » Mørch, S. (1996). Sobre el desarrollo y los problemas de la juventud, el surgimiento de la juventud como construcción sociohistórica. *JOVENes, Revista de Estudios Sobre Juventud*, (1), 78–106.
- » Nateras Domínguez, A. (2004). Trayectos y desplazamientos de la condición juvenil contemporánea. *El Cotidiano*, 20(126), 206–213.
- » Palacios Abreu, R. (2007). Ser estudiante de bachillerato tecnológico: la incorporación de alumnos a una escuela no deseada. En Guzmán Gómez, C. y Saucedo Ramos, C. (coords.), *La voz de los estudiantes*, pp. 127–148. México: Universidad Nacional Autónoma de México – Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias – Pomares.
- » Pérez Islas, J. A., y Valdez González, M. (2002). *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- » _____. (coords.). (2006). *Jóvenes Mexicanos. Encuesta Nacional de Juventud 2005. Tomo II*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.

- » Pogliaghi, L. (2018). Disputas mediadas por expresiones de violencia en el espacio escolar. En López Guerrero, J. y Meneses Reyes, M. (eds.), *Jóvenes y espacio público*, pp. 125–139. Ciudad de México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias – Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- » Pogliaghi, L. y Meneses Reyes, M. (2018). ¿Cómo son los jóvenes estudiantes? Una propuesta analítica desde la investigación educativa. *Voces de la educación*, 3(5), 170–178.
- » Pogliaghi, L., Pérez Islas, J. A., y Mata Zúñiga, L. A. (2015). *La experiencia Estudiantil. Situaciones y percepciones de los estudiantes de bachillerato de la UNAM*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- » Ramírez Montes de Oca, M. (2012). *Ser joven en el bachillerato. Una experiencia configurada desde la Escuela Preparatoria Oficial del Estado de México No. 115*. [Tesis de Maestría]. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México. Recuperado de: http://132.248.9.195/ptd2012/febrero/0677584/0677584_A1.pdf
- » Reguillo Cruz, R. (2003). Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión. *Revista Brasileira de Educação*, (23), 103–118.
- » _____. (2012). *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- » Reyes Juárez, A. (2009). *Adolescencias entre muros: Escuela secundaria y la construcción de identidades juveniles*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales México.
- » Sandoval Flores, E. (2000). Estudiantes y cultura escolar en la secundaria. En Medina Carrasco, G. (coord.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*, pp. 263–292. México: El Colegio de México.
- » Saucedo Ramos, C. (2005). Los alumnos en la escuela: sus significados, experiencias, producciones culturales e identidad estudiantil. En Ducoing Watty, P. (coord.), *Sujetos, Actores y Formación. Tomo II*, pp. 693–717. México: Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.
- » Suárez Zozaya, M. H. (2010). Desafíos de una relación en crisis. Educación y jóvenes mexicanos. En Reguillo Cruz, R. (coord.), *Los jóvenes en México*, pp. 90–123. México: Fondo de Cultura Económica – Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- » Tapia García, G. (2012). Perspectivas de los “nuevos estudiantes” al ingresar al bachillerato en el Bajío mexicano. En Weiss, E. (coord.), *Jóvenes y bachillerato*, pp. 63–96. México: Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.
- » Urresti, M. (2008). Culturas juveniles. En Altamirano, C. (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*, pp. 46–49. Buenos Aires: Paidós.
- » Urteaga Castro-Pozo, M. (2000). Identidades juveniles en la Ciudad de México. En *Gobierno del Distrito Federal, La juventud en la Ciudad de México: Políticas, programas, retos y perspectivas*, pp. 83–90. México: Gobierno del Distrito Federal.
- » Valenzuela Arce, J. M. (2010). Juventudes demediadas. Desigualdad, violencia y criminalización de los jóvenes en México. En Reguillo Cruz, R. (coord.), *Los jóvenes en México*, pp. 316–349. México: Fondo de Cultura Económica – Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

- » Velázquez Reyes, L. M. (2007). Preparatorianos: trayectorias y experiencias en la escuela. En Guzmán Gómez C. y Saucedo Ramos, C. (coords.), *La voz de los estudiantes*, pp. 44–68. México: Universidad Nacional Autónoma de México –Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias – Pomares.
- » Weiss, E. (2012). *Jóvenes y bachillerato*. México: Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.
- » Whyte, W. F. (1971). *La sociedad de las esquinas*. México: Diana.
- » Willis, P. E. (1977). *Learning to labour: how working class kids get working class jobs*. Farnborough, Hants: Saxon House.

Leticia Pogliaghi

Doctora en Estudios Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa. Maestra en Desarrollo Local, Universidad Nacional de General San Martín. Licenciada en Relaciones del Trabajo, Universidad de Buenos Aires. Investigadora titular a de tiempo completo del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: lepog@unam.mx